

14: Trabajo de campo - La carrera perfecta

No importa cuántas veces lo visitara, Ryan nunca lograba acostumbrarse a Ciudadetrosa. Todo el lugar olía a miseria y desesperanza.

Atom Gato parecía compartir su sentimiento, mientras ambos atravesaban los suburbios con las ventanas del Plymouth cerradas y el aire acondicionado encendido. “Es incluso peor de lo que pensé,” dijo, mirando un poste de luz colgando por su cable, amenazando con caer en cualquier momento. “Mucho peor.”

“¿Nunca cazaste ratones aquí?”

“No, mi familia vive en el distrito de los Patricios adinerados. La verdad es que viví una vida muy protegida, incluso durante las guerras.”

“Entonces un gato doméstico,” comentó Ryan. Si esa amenaza de esterilización le había hecho gracia, seguramente le tocó demasiado cerca.

“Supongo que me volví callejero,” musitó su compañero.

“Me pregunto por qué este lugar está tan deteriorado en comparación con el resto de la ciudad,” dijo Ryan. Le recordaba a los viejos tiempos cuando escarbaba en las ruinas en busca de provisiones, con Bloodstream respirándole en la nuca.

“Pertenece a los habitantes originales de la región,” explicó Atom Gato, “aquellos que vivían en el Golfo de Nápoles y escaparon de sus bombardeos. Lograron sobrevivir a pesar de los venenos y las plagas, pero cuando Dynamis tomó el control de la región, la compañía los desplazó por la fuerza para hacer espacio para su gente. Supongo que los sin hogar y los enfermos no encajaban en su visión de una capital brillante. Tienen planes de renovar el área, pero todavía no se han materializado.”

Sacudió la cabeza con desilusión, cuando la alarma de un teléfono celular interrumpió la conversación. Atom Gato miró su móvil, pero no contestó la llamada.

Ryan echó un vistazo a la pantalla y vio que Atom Gato había recibido quince llamadas de una tal “Fortuna” y siete de una “Narcinia”. “Mis hermanas,” dijo el superhéroe antes de que el mensajero pudiera hacer alguna pregunta. “Mantengo contacto con ellas, pero quieren que vuelva y no aceptan un no por respuesta.”

“Eso significa que te quieren,” respondió Ryan sin ninguna tonalidad sarcástica. Podía comprender a quienes ansiaban reunirse con su familia. Sin embargo, el mensajero sí se preguntaba qué hacía que Atom Gato considerara a Dynamis como una opción mejor que los Agosto.

De repente, Ryan se preguntó si Len, como Atom Gato, no querría encontrarse con él, pero rápidamente apartó esos pensamientos. ¡Claro que se alegraría cuando se reencontraran después de tantos años! Era solo su ansiedad hablando.

“Yo también los amo, pero mientras sigan apoyando el negocio de Bliss, yo—”

Otra persona llamó a Atom Gato, quien quedó mirando el nombre en la pantalla durante varios segundos, con una expresión indescifrable en su rostro.

‘Livia.’

En lugar de ignorar la llamada como las otras, Atom Gato simplemente apagó su celular, suspiró, y manipuló la radio para cambiar de parecer. Cuando finalmente eligió una emisora, Ryan lo miró con desaprobación. “¿Hip hop, de verdad?”

“¿No te gusta, hermano?”

“No, ¡no me gusta!” Ryan volvió a cambiar el canal a la cronoradio de Daft Biopunk. La música pasó a ser una combinación de ritmos electrónicos, sintetizados y alienígenas.

“Buen sonido,” comentó Atom Gato, mientras atravesaban callejones estrechos. “¿A dónde vamos?”

“El Meta tomó control del área del montón de chatarra como su base,” explicó Ryan. “Está ubicada en el centro de Ciudadetrosa.”

“Te detengo aquí mismo. Estoy dispuesto a emboscar a un Psycho solitario, quizás dos, pero atacar su territorio con solo los dos... eso sería suicidio.”

Si Ryan hubiera estado solo, seguramente habría intentado de todos modos, pero no iba a conducir a su compañero a una muerte segura. “El asunto es que, según mi información, han estado desapareciendo niños en la zona. Localicé un orfanato al sur del vertedero, y pensé que deberíamos revisarlo.”

Atom Gato se tensó de inmediato. “¿Niños?”

“¿Te sorprende?” preguntó Ryan. El mensajero habría querido decir que sí, pero ya había llegado a esperar lo peor cuando estaban involucrados los Psicópatas.

“Me sorprende que no hayan reportado esto,” respondió el superhéroe, mientras la Plymouth pasaba cerca del reservorio de agua de la ciudad. A diferencia del resto del barrio, Dynamis protegía fuertemente esa zona, con soldados blindados vigilando sus límites. “Pero, en realidad, a nadie le importa este lugar.”

Ryan sí le importaba.

Finalmente, la pareja llegó a un edificio aislado rodeado de un páramo polvoriento. La pintura en las paredes de bloques de cemento se había desprendido, desgasta por el paso del tiempo, y la mitad de las ventanas estaban rotas. Una gran cerca rodeaba a la izquierda del edificio, albergando a docenas, quizás cientos, de gatos y perros callejeros. Los ruidos angustiosos que emitían y el olor que producían los abrumaron inmediatamente, cuando estacionaron el auto cerca y salieron de él.

“Eso no es un orfanato,” dijo Atom Gato con horror, mientras Ryan se colocaba los guantes Fisty. El aire aquí era menos contaminado que en el resto de Rust Town, pero no mucho. “Es un refugio de animales.”

“En realidad, es ambas cosas,” se dio cuenta Ryan, mirando con compasión a los animales. La aura de desesperación atrapada que emitían le producía náuseas por dentro.

Encontraron a dos niños, entre diez y doce años, en la entrada del orfanato, jugando con un perro mestizo sucio junto a las puertas abiertas. Uno era un niño negro con cicatrices de quemaduras ácidas en la mitad de la mejilla; el otro, una muchacha delgada con cabello castaño y un vestido rosa que parecía demasiado pequeño para ella.

“¡Hola, chicos!” saludó Ryan, haciendo un gesto con la mano.

La pequeña levantó de inmediato una pistola barata y la apuntó a su cabeza, habiéndola escondido bajo su vestido, mientras el niño se aferraba al perro. “Aléjate, drogadicto,” le dijo a Ryan. “O te revienta la cabeza.”

¡Ay, qué adorable!

Ryan congeló el tiempo, tomó la pistola y la reemplazó por un guijarro. Cuando el tiempo volvió a fluir, había metido el arma dentro de su abrigo, para sorpresa de la niña. “¿—¿Qué?”

“Hola, soy Quicksave,” dijo Ryan, levantando el pulgar como en un comercial. “Soy inmortal, pero no le digas a nadie; y este es mi confidente de confianza, Hola Kitty.”

“No te pases, Quickie,” respondió Atom Gato, el apodo haciendo que Ryan se sintiera sucio por dentro. “No estamos aquí para hacer daño a nadie. ¿Podemos hablar con el personal?”

“No hay personal,” dijo el niño, todavía asustado. El perro se acercó a acariciarlo con suavidad, sin hacer ningún movimiento hostil hacia los Humanos.

“Papá cuidaba de nosotros, pero ya no está,” respondió la niña con brillo en la mirada, mientras miraba a Ryan con desconfianza. “Un drogadicto le apuñaló en un callejón hace meses.”

Lo dijo con tanta naturalidad que parecía casi normal.

“¿Es decir, no hay un adulto?” Cuanto más escuchaba, más se agitaba Atom Gato. “Pero, ¿cómo sobreviven así?”

“Nos podemos cuidar solos,” contestó la niña con orgullo. “Recolectamos cosas y tomamos la basura.”

“Mi mamá envía comida y dinero cada semana—” La niña le pegó una patada al niño antes de que pudiera terminar su oración. “¡Ay, Sarah!”

“¿Mamá?” preguntó Atom Gato. La niña mantuvo los labios cerrados, y el otro niño imitó su actitud. “¿Sarah, ese es tu nombre?”

— Devuélveme mi pistola —ella ignoró a Atom Cat y en cambio siguió clavando la mirada en Ryan—. ¡Devuélvemela!

— No puedo devolver un revólver tan miserable con conciencia tranquila —respondió Ryan, que tenía una reputación que mantener—. Déjame comprarte una de verdad, como una Desert Eagle. Así podrás amenazar a la gente con credibilidad.

— ¡Quicksave! —le reprochó Atom Cat, antes de intentar establecer un trato con los niños—. ¿Quién es esa mamá, tu cuidadora? ¿Podemos hablar con ella?

— No —contestó Sarah con terquedad—. Ella está ocupada.

— ¿Ocupada en qué?

— Ocupada —respondiendo con los brazos cruzados—. ¿Qué quieres?

Cuando Atom Cat intentó argumentar que solo querían protegerles, Ryan percibió una tensión en el ambiente. Las mascotas se agitaron, ladrando y maullando.

Podían sentir que predators cercanos.

Un furgón viejo, de color negro y con óxido, se acercó a la casa de huérfanos y estacionó a cinco metros de la entrada. Otros niños aparecieron en las ventanas, atraídos por el alboroto de las mascotas.

Tres ‘hombres’ descendieron del vehículo, aunque apenas contaban como tal. Ryan reconoció inmediatamente a uno de ellos como al monstruo mosquito que destrozó su Plymouth en un ciclo anterior. El segundo era un hombre delgado, calvo, vestido como fontanero; tumores desfigurantes brotaban de su piel y sus ojos estaban enrojecidos. Llevaba una llave inglesa oxidada, y su sonrisa exhibía filas de colmillos podridos.

En cuanto al tercero...

Ryan reconoció al instante la figura alta y delgada, a pesar de su pesado abrigo negro, sombrero, bufanda y gafas de sol. La forma en que caminaba, como un muñeco tambaleante imitando a un

hombre, el aura de amenaza silenciosa que transmitía...

Psyshock, el segundo al mando de Adam.

Los tres psicópatas miraron al grupo con actitudes amenazantes, Atom Cat moviéndose rápidamente para proteger a los niños; igual que el golden retriever, que ladró con una ferocidad sorprendente a los recién llegados. Psyshock se enfocó completamente en Ryan.

— Vaya, ¿no es el pequeño Cesare? —dijo con voz robótica y digital—. Qué has crecido.

Ryan se estremeció.

— ¿Sorprendido? Una vez que conecto con un sistema nervioso, puedo reconocer su patrón único de ondas cerebrales en cualquier parte. Como una señal perdida que llama a casa a papá. —Sus pesadas gafas de sol brillaron bajo el crepúsculo—. ¿Pensaste que el Carnaval mató a tu padre?

— Él no era mi padre, y sí, ellos lo hicieron —contestó el mensajero con frialdad y concentración. La última vez que se cruzaron fue hace cuatro años, antes de beber su Elixir. Aunque Ryan ahora tenía superpoderes y podía defenderse, la presencia de Psyshock le generaba una sensación de incomodidad. —¿Qué tal las cicatrices que te dejó, Bombilla?

— Se curaron —respondió Psyshock, con su voz digital tornándose amenazante—. Si sobreviviste, supongo que también lo hizo la pequeña Len. Bien. Nunca superé la oportunidad de sacar su cerebro de Genio.

— ¿Qué, los niños no te bastan? —lo provocó Ryan—.

— No tengo interés en esta carne, pero necesitamos un servicio especial de estos goblins. Lamentablemente, nada menos que pigmeos servirá. No te preocupes, los cuidaremos bien; incluso les daremos de comer.

— Adam aprecia mucho a los niños —se rió Mosquito, mientras otro Psycho soltaba un gruñido bestial.

— Eso también —murmuró Psyshock con una crueldad divertida—. Niños, reúne a tus amigos y entra en el coche en silencio.

— A mi lado, —dijo Ryan—. Tiene caramelos.

— Sí, los niños no se acercarán a ti —dijo Atom Cat, dirigiéndose a Sarah—. ¿Tienes un sótano? Ella asintió lentamente—. Ve allí a esconderte y no salgas hasta que te digamos.

El estruendo de un avión resonó sobre el vecindario, mientras los niños y su perro huían hacia el interior del orfanato.

—Si fuera tú, revisaría tus cálculos —dijo Psyshock, siguiendo con la mirada a los niños; parecía un lobo mortal observando a ciervos indefensos, para disgusto de Ryan. Los cables se desplazaban

tras la bufanda y las gafas de sol del Psico, y de sus guantes emanaba electricidad. —Estás en menor número y en desventaja.

¿Por qué no atacaban? ¿Porque temían acabar matando a los niños en el fuego cruzado si actuaban demasiado pronto? No deberían pensar en eso, la visión de Genomes ya era suficiente motivo para intentar beber la sangre de los héroes, impregnada con su Elixir. Esos Psicos eran demasiado estables, demasiado cautelosos, como si...

—Estás bien alimentado —concluyó Ryan—. Tienes una reserva de Elixir.

Psyshock lo evaluó unos segundos antes de emitir órdenes con firmeza: —Mestizo, Mosquito, captura al pequeño Cesare y elimina a los sobrantes.

—Eso esperaba oír —dijo Mosquito, mientras Mongrel silbaba en señal de advertencia a Atom Cat, como si fuera un animal—. Supongo que Adam no puede estar enojado con nosotros por comer unos gatos callejeros.

Ambos grupos se observaron con recelo, pero Ryan apenas podía concentrarse, el sonido del avión cada vez más fuerte...

Más cerca.

Ryan apenas si alcanzó a levantar la vista cuando el avión aterrizó justo en medio del estancamiento mexicano.

El impacto levantó polvo en todas direcciones, Atom Cat saltó hacia atrás por reflejo, y los Psicos se retiraron detrás de su minibús en busca de protección. Solo Ryan permaneció impasible, sin moverse, mientras un enorme robot dorado se alzaba justo frente a él.

—Guardado rápido —resonó la voz de Vulcan desde altavoces ocultos, los ojos de la cámara del traje centrados en el mensajero—. Has rechazado mi invitación.

Ryan metió las manos en los bolsillos y silbó, su máscara protegiéndolo del polvo. Atom Cat se reincorporó rápidamente, con los ojos abiertos de par en par al reconocer al recién llegado. Los ojos de la cámara de Vulcan lo miraron brevemente, pero pronto volvieron a enfocarse en Ryan con furia asesina.

—Al acudir a esa zorra dragón sin siquiera considerar mi oferta, has hecho algo peor que despreciarme. Me has insultado, y por eso, morirás —dijo ella, que se erguía por encima de Ryan, apuntando un cañón a su cabeza. —¿Alguna última palabra?

Ryan pensó detenidamente la respuesta y luego contestó:

—Eres tan bajita que tu madre necesita un microscopio para verte.

Vulcan permaneció completamente inmóvil, su armadura imponente proyectándole una sombra opresiva.

—¡Ay, ay, tengo una mejor! —exclamó Ryan, chasqueando sus dedos—. ¡Eres tan bajita que siempre te cuelgan los pies cuando te sientas en una silla!

El silencio se hizo aún más tenso, interrumpido por ruidos extraños. Ryan los reconoció como el cargamento de armas y misiles preparándose. Psyshock y sus cómplices se recuperaron del susto, moviéndose en círculos para rodear a todos y flanquear a Atom Cat por los lados.

Demasiado intenso este público. —¿Qué tal esta? Estás casi lo suficientemente alta para que Wyvern te tome en serio. —

Vulcan soltó un gruñido y abrió fuego.

Revision #1

Created 22 March 2026 06:30:57 by Robert White Mar

Updated 22 March 2026 06:31:01 by Robert White Mar